

macizo, obsequio de los abonados, y un precioso jarrón de filigrana de plata, con tantas medallas de oro cuantas óperas había cantado en México el gran artista, presente de admiración de la Sra. D^a Concepción Lizardi de Valle. A la vez le fueron arrojados más de diez y seis mil ejemplares de distintas poesías firmadas por Alfredo Bablot, Enrique de Olavarría, José M. Vigil, Julián Montiel, José Negrete, Justo Sierra, Miguel Hernández, García de la Huerta, Francisco Sosa, Manuel Ituarte, Gustavo Baz, Santiago Sierra, Amilcare Roncari y José T. de Cuéllar. “Esa espléndida función, dijo *El Siglo*, no tiene antecedente en México y dejará gratísimos recuerdos en la memoria de cuantos tuvieron la fortuna de asistir á ella.”

Durante su estancia en México, y á despecho de los malquerientes que con supina torpeza le atacaron, Tamberlick recibió innumerables demostraciones de aprecio de la mejor sociedad, y muchos somos los que aun recordamos la espléndida fiesta que en su palacio de Santa Clara le ofreció D. Juan José Baz, con asistencia de D. Benito Juárez, Presidente de la República, y D. Ignacio Mariscal, Ministro de Relaciones: esa fiesta se dió en la noche del 5 de Junio, y el gran tenor, cuyas prendas personales igualaban á su mérito de artista, dejó á todos los concurrentes prendados con su carácter amable y simpático, con su atractiva modestia y con su conversación instructiva y amena. La recepción y tertulia duraron hasta después de las tres de la madrugada, terminando con lucidísimo baile.

En 3 de Setiembre dió Maffei su beneficio con *Crispino e la Comare*, y el 6 del mismo se verificó el de Angela Peralta de Castera con *El Barbero de Sevilla* y el aria de la *Sombra* de Dinorah. Como obsequio de la beneficiada, doscientos individuos de varias bandas militares ejecutaron sobre el escenario y dirigidos por Ríos una estruendosa *galopa*.

La última función notable se verificó en la noche del 13 del repetido Setiembre, á beneficio del Maestro Moderatti, bajo el siguiente programa: Sinfonía y acto tercero de la ópera en cuatro actos de Cayetano Moderatti, *Il cavaliere di Marillac*; Obertura de *Oberon* de Weber; primero y segundo actos de *Marta*; obertura de la ópera de Mehl, *La caza del joven Enrique*; episodio musical sobre la historia de la Conquista de México, en un acto y dos cuadros, compuesto por Aniceto Ortega é intitulado *Guatimotzin*: en él se estrenó una decoración pintada por Fontana.

Fué esta función la última de aquella lucida temporada, que se prolongó casi cuatro meses y medio, no obstante lo cual la empresa se quejaba de haber perdido el dinero, diciendo, con asombrosa vanidad, en uno de sus prospectos, lo siguiente: “Sin poder alcanzar auxilio alguno del Gobierno y contando sólo con sus propios recursos, la Empresa se lanzó en la trabajosa, arriesgada y escabrosa especula-

ción de traer á esta ciudad una Compañía de Opera Italiana, y una vez en Europa el socio gerente de ella, olvidó que se trataba de una especulación y cometió una gran falta contratando artistas de primer orden y cuyo excesivo presupuesto era imposible cubrirlo en esta Capital. Este error la obligó á festinar las funciones, á poner en cada semana un número mayor del acostumbrado, á dar, contra su voluntad, repeticiones, y á presentar algunas óperas sin el número de ensayos que necesitaban, todo por cubrir el presupuesto y sin poder alcanzarlo. Su falta, lo repito, es la de haber traído á México una Compañía cuyo sostenimiento cuesta mil pesos diarios. Esto explica las grandes pérdidas que ha sufrido y que no deben continuar, por lo cual anuncia su último abono.” La prensa de la Capital condenó tanta soberbia é insolencia de una empresa, que, con excepción de aquellos artistas á quienes con frecuencia hemos elogiado, quiso hacer pasar por cantantes notables á económicas medianías.

CAPITULO XI

—
1871.—1872.

Mientras la Opera consumaba su brillante campaña lírica en el Gran Teatro, la zarzuela de Moreno en el Principal se veía favorecida por numerosos concurrentes, cuyo buen humor, excitado por la burlesca música de Offembach y las extralimitaciones del *can-cán*, llegó al *súmmum* de la impertinencia y aun tocó en los límites de la grosería. Y como no faltan apreciables lectores que alguna vez háyanme tachado de demasiado duro en tal cual apreciación de hechos conocidos y comprobados, traigo ahora en apoyo de mi calificativo de aquel público, el siguiente párrafo del sesudo *Siglo Diez y Nueve*, correspondiente al mes de Junio de 1871, y dice:

“*Escándalos de teatro*.—Los está habiendo con frecuencia en las representaciones del Principal, donde ha sufrido la Compañía varias modificaciones. Concurren á dicho local algunos de esos jóvenes conocidos con el nombre de *calaveras* ó *tormentistas*, que sin miramiento alguno para el público, molestan á los espectadores con sus groserías, chiflidos y palabras soeces, propias de la mala educación de los que las profieren. En tan ruines manejos entra la mira, según se nos ha dicho, de perjudicar á la Empresa por satisfacer miserables pasiones, excitadas porque alguno de esos *caballeros* ha

“sido despreciado por una de las artistas que en ese teatro representan. Procurar vengarse así de una supuesta ofensa, quitando el pan de la boca á los que viven de su trabajo, envuelve mucha cobardía y depravación. Excitamos á la policía para que cumpliendo con su deber, castigue á los promovedores de esos desórdenes, á fin de que el público que concurre á disfrutar de un espectáculo para el que contribuye con su entrada, no sea burlado por esos raquíticos seres malignos.”

Para poner algún orden en aquello, el empresario había llamado á Eduardo González y encargádole la dirección general, al cesar en sus trabajos su Compañía Dramática y presentarse en México la Opera. González descubrió desde luego que esos escándalos de los *tormentistas*, en gran parte estaban movidos por algunos de los cantantes de Moreno, y los Areu, Poyo y Ruiz fueron separados de la Compañía. Con esto aumentaron las impertinencias de los *cócoras*, que interrumpían la representación de aquellas obras en que cualquiera de los citados había tomado parte anteriormente, y silbaban y escarnecían á los actores encargados de sustituirlos en sus papeles. Así las cosas, ocurriósele á la Empresa poner en la noche del 2 de Junio la conocida zarzuela *Los infiernos de Madrid*, tan aplaudida tiempo antes en el Nacional, y los *tormentistas* lo tomaron á la broma y se desataron en soeces chistes cada vez que se presentaban *Satanás* y alguno de los *pecados capitales* ó el grotesco *cancerbero*: cuando el tumulto, verdadero tumulto, llegó al grado de ser casi imposible proseguir la representación de la obra, Eduardo González se presentó en el foro á solicitar del público calma y moderación, y á suplicar á los alborotadores que no se dejasen arrastrar por las intrigas de los actores despedidos, que, en su sed de revancha, no tenían inconveniente en exponer á sus inconscientes amigos á echar sobre ese mismo culto público la nota de poco civilizado. La perorata de González disgustó á los *tormentistas*, que á las voces de *fuera* unieron sus chifidos, sus burlas y sus insultos á uno de los artistas más caballerosos, más dignos y más amantes de México que han visitado nuestro teatro.

Eduardo González, pálido como un cadáver y llorando como un niño, hubo de retirarse del proscenio, ante su impotencia contra la cobardía del número, y el escándalo siguió en creciente hasta el fin de la obra. Algún periódico, *El Monitor*, por ejemplo, salió en los siguientes días en defensa de los *tormentistas* y atacó duramente al empresario Moreno y al director González, acusándolos de haber ofendido al público de México. Moreno, en un remitido fechado el 6, dijo terminantemente: “lo que dice *El Monitor*, es una calumnia que se destruye á sí misma, pues aunque hubiese formado un mal juicio del público ¿no sería una tontera de mi parte el expresarlo? Los hechos que se refieren al Sr. González serán desmentidos por este señor, á

quien doy un testimonio público de mi gratitud por la ayuda que me ha prestado.”

Pero el infeliz González nada podía desmentir: el estudioso é inspirado artista, que acostumbrado estaba á ser aplaudido y celebrado por México en varios años de activo trabajo escénico, no pudo sobrellevar ni con calma ni con indiferencia la grosera demostración de la noche del 2 de Junio, y el día 9 el pobre actor y pundonoroso caballero fué atacado de una coestión cerebral que puso su vida en inminente peligro, y le hizo perder el uso de la palabra y los movimientos del brazo derecho, á pesar de los esfuerzos profesionales de los Dres. D. Pedro Diez de Bonilla y D. José M. Rodríguez, que se portaron con él con una caridad y una solicitud superiores á todo encomio.

Ante tal desgracia, que reducía á la miseria no sólo al caballeroso artista sino también á su infeliz esposa y á su pequeño hijo, los periódicos, y á la cabeza de ellos *El Monitor*, abrieron suscripciones para socorrerle: “Son notorios, dijo *El Siglo*, los graves perjuicios físicos y morales que el apreciable actor Eduardo González ha resentido á consecuencia de los escándalos tan injustamente originados en el Teatro Principal. Deseando aliviar sus padecimientos y auxiliarlo en su grave enfermedad, abrimos una suscripción, comenzando con las cantidades siguientes: el Sr. Lic. D. José María Iglesias, diez pesos; Ignacio Cumplido, diez pesos. No dudamos que nuestro propósito tendrá el mejor resultado en favor del Sr. González, porque á sus excelentes dotes de artista reúne los sentimientos más caballerosos. Siempre que alguno de sus compañeros ha sucumbido, el Sr. González se ha dirigido inmediatamente á la prensa de la Capital, promoviendo donativos en favor de la familia que ha quedado en la orfandad, sin perdonar esfuerzos de ningún género para aliviarla.

“Así lo hizo respecto al tan sentido y malogrado artista mexicano Merced Morales, del decano del teatro Juan de Mata y de otros muchos: por consiguiente, es muy justo que en la desgracia del Sr. González encuentre la mejor correspondencia de parte de los que saben apreciar el mérito artístico y los nobles y elevados sentimientos que lo adornan. El Sr. D. Guillermo Barron ha enviado á la Redacción de *El Monitor* cien pesos, con que contribuye á minorar la triste situación del aplaudido actor. Deseamos que este rasgo generoso tenga muchos imitadores.”

Por su mala fortuna, no fué como lo deseaba *El Siglo*, que en su número del 22 decía: “Ayer hemos tenido ocasión de saber de la salud del distinguido actor Eduardo González, y nos ha consternado sobremanera verlo todavía en estado de gravedad. El Sr. González apenas puede articular algunas palabras, y á veces no conoce á las personas que le hablan. A tal estado de postración ha quedado redu-

cido por los padecimientos morales que le ocasionaron los desórdenes que todos saben se suscitaron en el Principal por unos cuantos, y que la policía no quiso ó no supo reprimir como era su deber.

“Herido el amor propio del artista de una manera tan injusta como inusitada, su espíritu se afectó hasta encontrarse en el lastimoso estado á que hoy se halla reducido. Sabido es que en varios periódicos se abrieron suscripciones para auxiliar al Sr. González, y con sentimiento hemos visto que poco, muy poco se ha colectado; y por último, el viernes de la semana pasada se dió una función en el teatro de Hidalgo, consagrando los productos á beneficio del referido señor, y fueron muy escasos, pues muchas personas á quienes se mandaron palcos no se han acordado de pagarlos, siendo lo más punible, según se nos ha dicho, que así lo han hecho varios artistas, que, disfrutando de gruesos sueldos, no han satisfecho una localidad que se les dedicó para beneficiar al desgraciado que, como ellos, pertenece también al foro escénico. Se exceptúan del número de esos egoístas, el caballero Sr. Tamberlick y la apreciable Sra. Natali, quienes sin haber asistido á la función mandaron el precio de los palcos que les fueron designados, lo que decimos en su honor. Tal indiferencia para socorrer al que padece, es tanto más digna de lamentarse, cuanto que, como ya hemos dicho otra vez, el Sr. González siempre ha estado pronto á procurar todos los recursos posibles en favor de sus compañeros enfermos, ó de las familias de aquellos que han muerto, procurando así aliviar su infortunio.”

En esa época, la Redacción del *Siglo* estaba formada así: José María Vigil, Redactor en jefe; Lic. José M. Lozano, Julio Zárate, Lic. Emilio Velasco, Jesús Castañeda, redactores; Juan Nepomuceno Hernández, encargado de la gacetilla.

Tal vez influyó mucho en el mal resultado de la benéfica obra, el hecho de que en esos mismos días, según leo en el *Siglo* del 7 de Junio, la sociedad mexicana amiga de hacer bien, se encontraba muy gastada á causa de estar contribuyendo á una suscripción abierta en favor del Papa, “suscripción que — habla el *Siglo* — asciende ya á diez mil quinientos treinta y tres pesos, sesenta y cinco centavos.”

Mas no por esto se dieron por vencidas varias empeñosas personas, y así lo comprueba la siguiente carta dirigida á los periódicos por María Mayora, esposa de Eduardo González: “La Compañía del Teatro de Iturbide, con un desinterés, espontaneidad y empeño que la honran y que no olvidaremos, acaba de dar una función á beneficio de mi esposo enfermo, y su resultado ha venido á serle de un gran auxilio en tan penosa situación. Permítanos, pues, nuestra querida amiga la Srita. María de Jesús Servín, poner aquí su nombre, así como nuestros compañeros Ríos, Alonso, Estrada, Ruiz, Poyo, Morales y Serrano, que tan generosamente han contribuido al buen re-

sultado de la función, nombres que hemos querido consignar como una pública manifestación de nuestro agradecimiento.

“Durante la desgracia que nos ha afligido, hemos tenido un gran consuelo en ver constantemente honrada nuestra casa, no sólo por todos nuestros buenos amigos, sino por una multitud de personas, que, guiadas sólo por su bondad, y por cariño al empeñoso artista, se interesaban por el que muy lejos de su patria encontraba un pueblo de amigos y de hermanos. Hoy ha tenido una prueba de ese afecto, viendo á toda la sociedad de México, siempre buena, noble y generosa, ocurrir con afán al teatro para tender su mano de amigo al actor á quien tantas veces, en mejores días, había colmado de honrosas distinciones. Mi esposo, imposibilitado desgraciadamente por su enfermedad, para dirigirse al público y á sus amigos, manifestándoles su profundo agradecimiento y las emociones de su corazón, me encarga á mí el hacerlo á nombre de ambos, protestando que la memoria de los favores de que hemos sido objeto, vivirá eternamente en nuestra alma reconocida.

“No nos es posible pasar en silencio que nuestra querida y buena amiga la Srita. Servín, ha sido la primera en contribuir con su cooperación al resultado del beneficio, debiéndose á su diligencia y empeño personal la fácil y fructuosa colocación de una gran parte de las localidades; así como que su estimable y honrado padre el Sr. D. Ignacio, que generosamente se encargó de la contaduría, lo verificó con tal inteligencia, empeño y delicadeza, que al día siguiente á la noche de la función, tuvo la bondad de presentarnos formada y exactamente en orden la cuenta pormenorizada de los gastos y productos de la función, con el deseo de dar cuenta de su encargo.”

Esta carta está fechada en 3 de Setiembre, tiempo en que *El Siglo* decía: “González sigue enfermo y pasarán dos años para que pueda recobrar el habla.”

Cuán bueno sería que aquel tristísimo ejemplo lo tuvieran siempre presente nuestro público y los periodistas, fijándose á la vez en que, como en su *Glorieux* dice Destouche,

La critique est aisée et l'art es difficile.

Pero entre todas las funciones que en México se dieron en favor del infeliz Eduardo González, debe señalarse en lugar principalísimo la verificada en el Gran Teatro Nacional la noche del 21 de Diciembre de ese mismo año de 1871, bajo el siguiente programa:

“Preludio de la ópera *Ildegonda*, del Maestro Melesio Morales, ejecutado por gran orquesta y dirigido por su autor. — Comedia de Narciso Serra, en un acto, *Un Huésped del otro mundo*. — Trío de Reisinger en *re menor*, para violín, violoncello y piano, ejecutado por José

Rivas, Gustavo Guichené y Fernando Domec. — Marcha y coros de *Tannhauser* por el Orfeón Alemán, dirigido por Germán Laue. — Fantasía para violín sobre temas de *Favorita*, por la Sra. D^a Guadalupe Castillo, acompañada al piano por el profesor Luis G. Morán. — Dúo de *La Conquista de Madrid*, cantado por José Grau y Miguel Loza. — Sinfonía de Haydn, 7, en *do mayor* por la gran orquesta dirigida por Félix Sauvinet. — Comedia de Ventura de la Vega, en un acto, *La Sociedad de los trece*.”

En esa noche el Teatro Nacional tuvo un lleno completísimo, y se hizo notable el haber concurrido toda la compañía del Teatro de Hidalgo, previo pago de sus correspondientes entradas y asientos. Entre la muy selecta concurrencia se vieron á los políticos Iglesias, Mariscal, Nelson, Herreros de Tejada y Eduardo L. Plumb; á los banqueros Newold y Davidson; entre los propietarios á Goríbar, Valle, Escandón, Rubio y Martínez de la Torre, principal organizador de aquel magnífico espectáculo: allí estaban también las familias Riva Palacio, Carrere, Romero Rubio, Bermejillo, Alcalde, Gochicoa, Mejía y Tobar, y cien otras legítimas representantes de la aristocracia, el talento y la fortuna, confundidas con diputados, funcionarios y escritores. Como dije, el organizador del espectáculo, que estuvo brillantísimo, fué el Lic. Martínez de la Torre, memorable por su elevado talento y por la multitud de sus buenas obras, bien secundado por el Sr. D. Fernando Batres, y por el Ministro español D. Feliciano Herreros de Tejada, que desde su llegada á México supo, como pocos de sus predecesores y sucesores, captarse las simpatías generales de todo México, no con vana palabrería diplomática, sino con notables y ameritadísimos hechos. La orquesta formada por ochenta profesores fué magnífica, y la distinguida Sra. Castillo fué aplaudida con frenético entusiasmo, del mismo modo que el muy excelente Orfeón Alemán y su habilísimo Director el Sr. Laue.

Con esta buena obra terminó, en lo relativo á espectáculos, en México, el año de 1871, muy agitado entre nosotros, como en toda Europa que vió en él finalizar la lucha terrible del conflicto franco-prusiano. Por cierto que ella fué causa de un más que mediano alboroto en nuestra Capital: con motivo de haber circulado el rumor de que los prusianos habían tomado á París, la colonia alemana enarboló su bandera en su Casino, iluminó los balcones de ese edificio y en uno de ellos puso un transparente alegórico; pareció á la colonia francesa un insulto esa demostración, y tomando la cosa por donde quema, se encaminó, en número grande de individuos, al peripuesto Casino Alemán y bonitamente hicieron trizas á pedradas transparente y farolitos: bajaron los alemanes á dispersar á los manifestantes, y pronto se armó la de *Dios es Cristo*, hasta que llegó la policía á meter paz, cuando eran ya muy numerosos los atropellados, heridos y maltre-

chos en aquella descomunal contienda, ocurrida el día lunes 6 de Febrero.

En cuanto á fallecimientos notables de literatos y artistas, tres de personas muy queridas en México ocurrieron en el año de 1871: el del distinguido actor D. Juan de Mata Ibarzábal, el del poeta cubano D. Juan Clemente Zenea, sentenciado á la pena capital en la Habana, y el del apreciado escritor, periodista y militar D. Emilio Rey, al cual quitó el tifo la vida el 5 de Setiembre.

En 1871, la República toda, y en particular su Capital, vivieron en perpetuas alarma é intranquilidad. Al principiar Octubre la ciudad federal se vió terriblemente conmovida por un inesperado y formidable pronunciamiento.

Los diversos grupos en que se subdividió el partido liberal con motivo de las elecciones que para Presidente de la República debían tener próximo verificativo, habían venido exacerbando sus odios y rencores por medio de la prensa, de los clubs, de la tribuna parlamentaria y de movimientos armados, como el de la guarnición de Tampico que en la primera quincena de Junio ahogó, tras sangrienta lucha, el jefe al efecto enviado por el Sr. Juárez, quien, á pesar de toda aquella fuerte oposición, vió triunfar nuevamente su candidatura y formarse el 6^o Congreso de una inmensa mayoría de sus partidarios.

Sus enemigos quisieron entonces impedir que la Cámara hiciera la declaración correspondiente en favor del Benemérito, y los Grales. Negrete y Chavarría y los coroneles Toledo y Echeagaray, con los soldados del Batallón de Policía, que dieron muerte á su Jefe Larragoiti, se apoderaron de la llamada Ciudadela en la tarde del domingo 1^o de Octubre, contando con la ventaja que podría resultarles de hallarse casualmente ausente el Ministro de la Guerra. Pero D. Benito Juárez, acostumbrado á afrontar en larga serie de años más serios peligros, no perdió ni un instante sus admirables serenidad y firmeza, y por sí mismo dictó las disposiciones que estimó oportunas y puso las tropas que le permanecían fieles al mando del Gral. Rocha, que, hasta allí, había hecho triunfar la causa del orden en cuantas ocasiones se le había confiado esa misión.

En ésta á que me refiero no fué menos feliz y afortunado, y tras rudo y sangriento asalto, pues los pronunciados de la Ciudadela disponían de abundante artillería y materiales para la resistencia, ese edificio cayó en poder del Gral. Rocha á la una de la noche del mismo día en que estalló la rebelión.

Los castigos impuestos á los pronunciados fueron, según voz pública, sangrientos y terribles, aunque sólo recayeron en subalternos desgraciados, pues los jefes principales lograron oportunamente evadirse. Esa victoria, permitió al Congreso hacer en perfecta calma y en 12 del mismo Octubre, la declaración de que el Sr. Juárez había